

Cuauhtémoc Cárdenas... No debe proceder como Almazán, Padilla y Henríquez

# Cárdenas,

## Triunfador

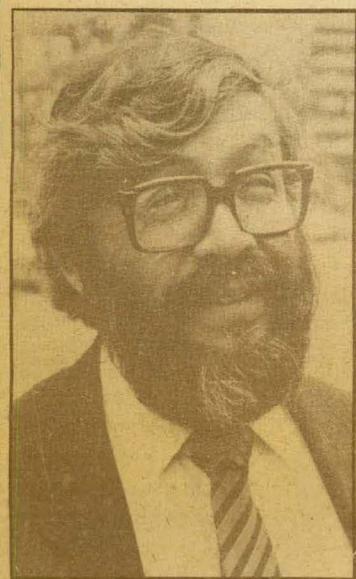
### LA MEZCLA IMPOSIBLE DE MESURA Y ARROJO POLITICO



Andrew Almazán... No estuvo a la altura de su compromiso con partidarios.

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

*Mezcla 16-88*



A cuatro meses de que se realicen las elecciones federales, ya puede decirse que hay un triunfador. Se trata de Cuauhtémoc Cárdenas. No anunció, por supuesto, que ganará la Presidencia de la República. Me parece que todavía las buenas (que las hay) y las malas razones por las cuales una porción del público vota por el PRI; las ayudas que la legislación y las prácticas electorales ofrezcan a esos impulsos; y la existencia de varias candidaturas de oposición, contribuirán a que el partido gubernamental siga venciendo en las urnas.

No me atrevería siquiera a pronosticar que, como ya lo anticipan algunas encuestas, Cárdenas obtendrá el segundo lugar en la votación. Su triunfo, aunque tiene que ver con lo numérico, no se agota en las cantidades. Estriba, más bien, en su capacidad para haber advertido la necesidad de conti-

nuar, fuera del PRI, en la línea de reforma profunda de los métodos políticos, y en su aptitud para condensar, en torno suyo, la corriente política más avanzada del oficialismo. Radica, también en que a pesar de los partidos que lo apoyan (o dicen apoyarlo, pues su ineficacia es patente a lo largo de la campaña), su candidatura ha ido prendiendo en los más diversos sectores. Pero con todo y que la campaña electoral le ofrece la posibilidad de iniciar la construcción de una nueva estructura partidaria, con los restos de las que ahora lo apoyan, su verdadero triunfo consistirá en propiciar que una nueva opción, de avanzada histórica, se consolide ante el PRI, más allá de las premuras electoralistas que pudieron haber frustrado ese empeño, obstáculo que se superó gracias a la personalidad de Cárdenas, que se ha ido agrandando al paso de las semanas, en una mezcla que se antojaría imposible de mesura y arrojo político, que contrasta con el griterío a su alrededor.

Aunque por supuesto deba seguir empeñándose en su legítima lucha por ganar estas elecciones, Cárdenas tendrá, en mi opinión, más y mayores tareas inmediatamente después. En ese trance será prudente que las agrupaciones que lo siguen, y sobre todo la población sin partido que se siente identificada con sus proposiciones, no caigan en la tentación de las impugnaciones estériles. En sólo unos meses no es posible construir la alternativa que el cardenismo puede verdaderamente representar. Esa es labor de mayor alcance y más largo plazo (aunque medido en pocos años, naturalmente). Cárdenas mismo tendrá la responsabilidad de no proceder como lo hicieron, en su turno, candidatos que de alguna manera son sus antecedentes, por haber sido disidentes del partido gubernamental. Almazán, Padilla y Henríquez no supieron estar a la altura del compromiso que habían explícitamente adquirido con sus partidarios. No quiero decir que hubiera sido atinado que encabezaran una opción armada, como por lo menos en las oportunidades de 1940 y 1952 llegó a plantearse con seriedad. Almazanistas y henriquistas hubieran sido barridos por el poder de un Estado ya vigoroso, en el terreno bélico. Pero esos candidatos personalizaron en exceso su actuación y no fueron capaces de mantener el impulso que sus candidaturas habían dado a importantes capas de la población. Al abandonar la lucha cívica, retirándose a la vida privada, privaron al país de una posibilidad de adelanto democrático, cualquiera que hubiera sido el signo de los partidos que resultaran de aquella decisión.

Sin haber llegado a la coyuntura electoral, otro caso de vacilación que impidió formar una nueva opción partidaria fundada en el propósito de alcanzar metas no conseguidas de la Revolución Mexicana, o la rectificación

de sus deformaciones, fue el protagonizado por Carlos Madrazo. Hace veinte años, este exdirigente del PRI catalizaba el interés de amplias porciones de la ciudadanía. Contaba, a su alrededor, con un equipo inteligente y resuelto, que había ya fincado las bases para la alternativa de que hablamos: el Partido de la Patria Nueva. Pero Madrazo dudó largamente. No acertó a romper sus vínculos con el partido en el poder, todavía sintiendo posible la reforma desde dentro, a pesar de que había sido obligado a fracasar estruendosamente en ese empeño sólo unos meses atrás. Y luego la muerte canceló para siempre la posibilidad de que al menos una parte de la izquierda del PRI, y personas afines a sus programas pero reticentes a incorporarse a él por su historia y sus prácticas, contaran con un instrumento partidario acorde con los nuevos tiempos.

Cárdenas está hoy ante esa posibilidad. Lo está a título personal y como miembro de la corriente en que su padre tiene un papel fundamental. Cuando un grupo de políticos, exgobernadores los más de ellos, ha razonado en una carta pública que el cardenismo está en el PRI y apoya a Salinas de Gortari, porque ellos están en esa situación, lo que en realidad hacen, a su pesar, es convalidar las percepciones que gran parte del público está teniendo respecto de la vigencia de esa corriente. Y si tal patrimonio histórico tiene un titular, ése es el hijo del General, y no los políticos que se formaron en las escuelas fundadas por él. Aunque rehuse ser llamado cardenista, Cuauhtémoc Cárdenas lo fue en mayor medida, en los hechos, ante el desafío de las circunstancias concretas, que la mayor parte de los firmantes de aquella declaración.

Pero si bien es verdad que Cárdenas está recogiendo el fruto histórico de lo que sembró el General, y lo hace tan legítimamente como puede hacerlo todo hijo orgulloso de su padre, sería erróneo afirmar que él mismo no tiene, con su individualidad y la circunstancia en que vive, sus propios méritos. Uno sólo bastaría para otorgarle consideración: el valor político con que tiene que enfrentarse no a una contienda electoral solamente sino a la mala calaña de plumitas alquiladas para insultar. Claro que algunas, al pretender disminuirlo, lo agrandan por el solo efecto de la personalidad de quien intenta el achicamiento. Pero, de todos modos, se requiere valentía política para lanzarse a lo que pudo ser una aventura incierta. Pero esa podría ser una prenda circunstancial, impuesta por el azar. Cárdenas tiene otras. Es inteligente y digno, por ejemplo. Cuando desempeñó actividades ligadas con su profesión lo hizo acertadamente, así en la esfera privada como en la pública. Comenzó propiamente su carrera gubernamental a la muerte de su padre, no antes ni a su sombra, sino válido de su preparación y sirviendo en los cargos para los que tenía aptitud técnica o política. Su gobierno en Michoacán fue especialmente eficaz respecto de la gente pobre, con la que se identificaba y con la que se comunicaba llanamente, no con la falsa condescendencia de quienes en el fondo la desdeñan. Pero por si fuera poco, su actuación allí fue aprobatoriamente certificada por lo mismo a quienes ahora les resulta un pésimo gobernante. Cada año, un miembro del gabinete presidencial fue a extenderle cartas de buena conducta y de felicitación por sus tareas. Si ya se les olvidó a quienes lo hicieron, la memoria se les puede refrescar. En su cuarto informe, año de 1984, tocó ese papel al propio secretario de Programación y Presupuesto y ahora contendiente de Cárdenas. No hay en su discurso de entonces una línea donde se sugiera siquiera levemente una reprobación. Tampoco la hizo, a la hora de formular su balance, el secretario de Gobernación, quien representó al Presidente en septiembre de 1986, ya con Cárdenas de salida y ya habiendo iniciado sus actividades en la Corriente Democrática. Por lo demás, la calidad de un gobernador, en este sistema, suele medirse por la calidad de los enviados presidenciales a sus informes. Cárdenas no era un gobernador de segunda, como enseña el hecho de que el Presidente se hacía representar por dos de sus más probables cuezores.